



UNA NOCHE EN POMPEYA

QUIZÁ se nos tache de indiscretos, pero es vicio tan extendido serlo, que confiamos merecer disculpa del benévolo lector. Y aun á riesgo de abusar de su confianza, vamos á ponerle al tanto de un caso, por extremo curioso, que oimos referir en la tertulia de un amigo nuestro, hace pocas noches, á un distinguido y erudito arqueólogo, que tuvo la buena fortuna de asistir á la fiesta con que el mundo sabio conmemoró el décimooctavo centenario de la destrucción de Pompeya, el 23 de Setiembre de 1879.

Largamente nos habló de la desenterrada ciudad, enterándonos de la disposición de calles, casas y monumentos, y de mil detalles de la vida romana. Entre

otras cosas hizo mención de dos víctimas del Vesubio, cuyos esqueletos fueron hallados en una tienda cercana á las *thermas*, ó casa de baños, estrechamente abrazados; dos amantes que vieron extinguirse su vida y su felicidad cuando más codiciosos se hallaban de una y otra.

—Por cierto—añadió el arqueólogo—que este suceso, que yo ignoraba hasta que nós le refirieron á los visitantes el día de la fiesta, en el mismo lugar en que ocurrió, fué, según creo, principal causa de un sueño singularísimo que tuve aquella noche.

Excitados por la pícara curiosidad, rogámosle todos que nos revelase el sueño, dando por sentado que en la memoria le tendría, y él, accediendo gustoso, nos hizo el siguiente relato:

—Cuando me acosté, fatigado el cuerpo, y aun más el espíritu, por las impresiones tan diversas y nuevas que había recibido, hallábame como embriagado: danzaban en mi cabeza los monumentos y los objetos del Museo de Nápoles y las víctimas de la destrucción, é instintivamente restauraba ruinas, amueblaba abandonados aposentos, y resucitaba los pompeyanos á su feliz existencia; pero todo esto tan sin orden, que mi mente parecía una linterna mágica, en la que todo pasara confuso, atropellado y de continuo.

Con tales imaginaciones tardé en conciliar el sueño, y entonces me sucedió lo que la lógica me dice no pudo sucederme.

Helo aquí:

Aquél era el Foro de Pompeya, no había duda. Desde el extremo sur extendíase ante mis ojos, en su mayor longitud, aquella gran plaza rectangular, circuida por sólida columnata dórica, de dos filas, con un segundo cuerpo de orden jónico: grandiosos monumentos se alzaban tras de las columnas: numerosas estatuas sobre los pedestales alineados en el gran eje

y á los lados; al fondo, el pórtico corintio del templo de Júpiter se erguía majestuosamente encima de una extensa gradería. Y bajo aquella columnata, y delante de los monumentos, y al pie de las estatuas, y en la gradería del templo, pululaba la muchedumbre pompeyana, presentando esa diversidad abigarrada de elegancia, descuido, capricho y pobreza que en la calle se advierte, alumbrado todo por los rayos de un sol que realzaba el cuadro de manera portentosa, y bajo un cielo diáfano y purísimo. Por mucho rato no supe sino admirar.

Luego tomé el pórtico de la derecha con objeto de observar los monumentos.

Ofrecióseme primero un *chalcidicum*, ó porche, entre cuyas columnas de mármol blanco, numerosos mercaderes ambulantes presentaban á los transeúntes, entre los que me pareció había muchos cuya única ocupación era la holganza, bien frutas ó viandas fiambres, bien objetos de hueso y marfil, ó productos de distintas industrias. Al punto comprendí que este *chalcidicum* era el que levantó, juntamente con una cripta y unos pórticos, á la Concordia y á la Piedad augusta una sacerdotisa pública llamada Eumachia, en su nombre y en el de su hijo.

Continuando, pasé por delante del templo de Mercurio y del palacio del Senado, y después, unas tiendas, con mostradores de fábrica, tras de los cuales ejercían su oficio los *mensarii*, cambiantes de moneda autorizados por el Estado, me anunciaron el templo de Augusto. Y digo me lo anunciaron, porque yo andaba por aquellos sitios cual si me fueran habituales: conocía todo. Penetré en el templo, en cuyo patio, en medio de un bello peristilo, admiré el panteón formado por los doce dioses, puestos sobre un gran pedestal circular y bajo un cobertizo de madera. En el ala derecha de este patio ví una serie de puertecitas de

otras tantas celdas de sacerdotes, y al fondo recorri tres habitaciones, decorados sus muros con preciosas pinturas, en una de las cuales hallé una estatua de Augusto, y en otra las de su esposa y Druso.

Como con este edificio terminaban los de aquel lado del foro, crucé á visitar los del opuesto, pasando por delante del templo de Júpiter, al pie de cuya escalinata presencié una graciosísima escena. Un mozuelo, de siete años á lo más, lloraba un crimen infantil que su madre le reprendía: había roto contra el suelo un busto de barro; sin duda un ex-voto que traerían al templo. El muchacho, como estaba desnudo y eran sus cabellos abundantes y ensortijados, se asemejaba á un Cupido, aunque era tripudo, y esto le quitaba belleza, pero no gracia. Muchos curiosos comenzaron á formar corro, y me pareció que no tenían por buen agüero la diablura.

Continué mi camino. Dejando atrás los graneros públicos, fui derecho al templo de Venus. Parecía su peristilo un foro en pequeño: en medio alzábase el templo, y en el arranque de la escalinata que le daba acceso, había un ara donde varios sacerdotes preparábanse á la sazón á sacrificar un toro que, coronado de hiedra, conducían. Varios *camillus* bajaban del recinto sagrado cuando yo subí: venían con *páteras*, *simpulos*, *crateras* barnizados de negro con figuras rojas, llenos de vino, cestas con cuchillos y otros objetos necesarios en la ceremonia.

Uno de estos servidores me preguntó qué quería. Avergonzome semejante pregunta, é instintivamente bajé los ojos á contemplarme: amplia *chlamys* de púrpura, con grecas azules en el borde y palmetas doradas en los ángulos, abrochada con un *clavus* de oro sobre mi hombro derecho, descendía en graciosos pliegues sobre blanca túnica corta ceñida á la cintura; sandalias de correas bordadas calzaban mis pies. De

presumir es mi asombro, que se aumentó al hallar cambiada mi figura también: parecíame estar revestido de una arrogancia digna de un mármol de Fidias. Y como el *camillus* tornara á preguntarme si era griego, me aseguré en aquella presunción, y con entusiasmo y orgullo respondíle que sí.

Díjele luego que, en mi calidad de extranjero, deseaba visitar á la diosa Venus. Accedió á mi ruego, y con efecto, pude ver la *cella*, decorada con paisajes, casas de campo, danzas, sacrificios, escenas de las orillas del Nilo y otros asuntos, entre otros, una disputa entre Aquiles y Agamenón. En el fondo alzábase la estatua de la hermosa de las hermosas, y un ara ante ella.

El cuchillo del sacerdote hería el cuello de la víctima, y los *camillus* aprontaban las *páteras* para recoger la sangre, cuando abandoné el templo.

Contiguo á él, ofrecióseme un pórtico precedido de algunos escalones, que salvé, penetrando en un espacioso recinto rectangular, dividido en tres naves por hermosas columnas jónicas y con ábside al fondo, en el que advertí una plataforma. El sinnúmero de gentes que allí había conversando en grupos, discurrendo al azar, y el movimiento de mercaderes, díjome bien pronto que me hallaba en la basilica ó casa de contratación. Y me pareció que no todos habían ido á negociar: había muchos curiosos, entre los cuales quise reconocer más de un *parasitus*, cual los retratados por Plauto. Observé en paredes y columnas numerosos letreros trazados con punzón ó cuchillo: muchos eran versos de Ovidio, Virgilio, Propercio, y qué sé yo cuántos más; otros, máximas y frases de pensadores desconocidos. Entre las inscripciones de este género tropecé con una que debió poner algún desengañado de la justicia en la tierra: — *¿Quod pretium legi?* — decía.

Entregado á esta ocupación de escribir en el muro, que para los pompeyanos debía ser muy grata, hallé un mancebo cuya esbeltez y gracia hiciéronle simpático á mis ojos. Tanto despertó mi curiosidad, que me puse á mirarle oculto tras una columna. Encontrábase tan deleitado y embebido con su tarea, que para nada se cuidaba de la gente, ni hacía caso cuando al pasar le tropezaban, lo cual, por estar sentado en el suelo, era fácil y frecuente. Concluido que hubo la inscripción, se gozó contemplándola; decía así:

«Nemo est bellus, nisi qui amavit.»

Como si la felicidad que aquello le reportara necesitase algo para ser completa, volvió el rostro y se puso á mirar entre los grupos como buscando algo. Entonces ví que, bajo los rizados cabellos, que daban melancólica sombra á sus ojos, la dulce expresión de éstos, sus labios graciosamente acentuados y su barba redonda hubieran asemejado su rostro al de un busto de Narciso, si fuera posible que el mármol revelase el amor del alma. Por fuerza Eros ó su madre habíanle inspirado al escribir aquellas frases, porque su pasión le hermozeaba y ennoblecía notablemente; y más aún cuando halló algo, que debió ser lo que buscaba, porque entonces ojos y labios sonrieron con indefinible alegría, y levantándose, guardando el punzón y recogiendo del suelo su *alicua* ó manto pequeño, se alejó por entre la gente en dirección de la puerta.

Pronto volvió trayendo de la mano á una hermosa doncella, á la cual mostró regocijado la inscripción que se entretuvo en trazar mientras estuvo esperándola. Lo recuerdo bien: ella miraba con transporte el letrero; él, el rostro de ella con éxtasis, y ambos continuaban con las manos unidas. Era la pompeyana casi una niña, cuyos rubios cabellos caían en graciosos

rizos sobre la frente, estando lo demás de su cabeza envuelto en una tela azul salpicada de estrellitas bordadas, que sólo dejaba por detrás un mechón libre. Blanco tenía el rostro, cual Venus de mármol; azules los ojos, tan diáfanos y serenos como el cielo de Atenas; encendidos y frescos los labios, como adelfa salpicada de rocío; arreboladas las mejillas por rubor infantil, que nuevo encanto la prestaba. Vestía túnica blanca ornada por abajo con bordados de hilo purpúreo, y un manto, que, por ir en él envuelto, acusaba la cándida morbidez del cuerpo, de color rojo oscuro, con una greca negra en rededor, que resaltaba sobre él como los ornatos cerámicos.

Por un buen rato conversaron en aquel sitio los amantes. Delicadas ternezas debieron regalarse, aunque mucho más tierno y expresivo fué cuando se hablaron con ojos y ademanes. No poco me maravillé de hallar sentimientos tan puros en aquella sensual y corrompida ciudad, y por esto me interesaron doblemente, hasta el punto de que, cuando los ví dirigirse hacia la puerta, sin soltarse de la mano, maquinalmente eché á andar detrás.

Atravesaron el foro por el extremo sur, pasando por delante de las tres curias, en cuyas puertas había gran movimiento. Y por cierto que de un grupo escuché una voz que llamaba á Pansa, lo cual me dió ocasión de conocer al famoso edil, que vestía la toga, según recuerdo, y cuya cabeza de líneas típicas romanas era digna de una estatua imperial.

Tomaron la calle de los Plateros, á la que hace esquina el edificio de Eumachia, y luego no sé qué otras; y no estará de más decir aquí que las aceras eran muy altas y estrechas, pavimentadas con grandes losas ó con tierra bien apisonada; que el empedrado era de trozos de lava y desigual, y también que las calles de Pompeya tenían un aspecto triste, por efecto

de su estrechez y lo lisos que eran los muros, pues por lo común carecían de ventanas.

Pasamos por delante de varias tiendas, que me llamaron la atención. Una *thermopola*, ó despacho de bebidas calientes, vino cocido y perfumado y otros líquidos, que, envasados en numerosos *scyphus* de barro negro, estaban expuestos ordenadamente encima del mostrador, junto al cual, y dentro de la tienda, no faltaban bebedores, formando distintos conciliábulos. —Una perfumería, cuyas pomadas y esencias estaban en vasitos de oro ú otros metales, adornados con piedras finas, y también en otros de barro, con pinturas de gusto oriental. — Almacenes de comestibles, que, según pude apreciar, abundaban mucho en Pompeya; y donde vendían restos de los manjares presentados de ofrenda en los templos; platerías, donde había valiosas preciosidades importadas de Grecia, consistentes en anillos signatorios, braceletes, vasos, *torques* (gargantillas ó pulseras formadas de hilos metálicos trenzados en espiral) y otras numerosas especies de joyas; y por último, una lechería, la cual se anunciaba por la figura de barro de una cabra colocada sobre la puerta.

Por cierto que un guardacantón de poca altura que hallé delante de esta última tienda, me hizo entender el uso de no pocos que entorpecieron mi camino por aquellas estrechas vías; amarrado á él, mediante una horadación practicada horizontalmente, estaba un asno, sobre el cual habían traído cántaros con leche de algún establo de las afueras.

Embelesado con estas cosas tan nuevas, distraje mi atención de los amantes; pero, sin embargo, observé que, al pasar por delante de alguna platería y de la perfumería, ella se recreaba contemplando los géneros expuestos, tal vez con disculpable ambición. Esto me hizo entender que debían ser pobres.

Sus pasos tuvieron término en un edificio pequeño de graciosa arquitectura. Era el templo de Isis. Entonces decidí abandonarlos, y volviendo sobre mis pasos, tropecé con una lápida puesta en un muro, en la cual se anunciaba la tragedia de Eschylo, *Prometeo encadenado*, para representarse el 25 de los *idus* de Marzo.

Al punto me acordé que estaba próximo al teatro trágico, y, con efecto, marchando hacia el Sur, pronto dí en el foro triangular, á cuyo lado izquierdo se halla. En comunicación con él, al lado opuesto de la fachada que observé desde el foro, encuéntrase el Odeón ó teatro cómico, donde se ejecutaban las pantominas y concursos poéticos. Subí á la terraza del foro, desde la cual contemplé una hermosa perspectiva: el dilatado mar se juntaba con el límpido cielo allá, lejos, muy lejos; horizonte lleno de luz, que servía de aureola á algunas velas latinas. Desde allí pude ver también la *cavea summa*, ó última gradería del teatro: la localidad destinada á las mujeres y el pueblo.

Siendo mucho lo que me restaba para visitar en la parte Norte de la ciudad, volví hacia el foro civil, pues siendo lugar tan importante, era la mejor guía.

Hallé á los amantes también de regreso; y si profundo interés despertaron antes en mí, aún fué mayor ahora, porque los ojos de ella habían trocado la cándida sonrisa en amarga tristeza, y aun creo que en lágrimas, y el rostro de él, que tan jovial y dulce estaba, habíase puesto sombrío y melancólico. Caminaban cogidos de la mano; pero ya no gustaban de contemplarse como cuando iban al templo; por el contrario, parecían esconderse los ojos mutuamente, é iban tan silenciosos y caídos cuanto antes parleros y contentos. Luego comprendí su cuita: habían ido á consultar el oráculo de Isis, la diosa de los ocultos misterios en el Valle del Nilo, y la predicción de ésta era contraria á la felicidad que soñaron. No pude menos de renegar

en mi interior de aquel poder mentido, que tan despiadadamente condenaba á la desesperación á dos almas tan cándidas y enamoradas.

Cruzaron el foro civil en su mayor longitud, llegando hasta el arco de triunfo, el cual decoraban columnas corintias de mármol blanco, adosadas, con nichos cuadrados entre ellas, y coronadas por una estatua ecuestre de bronce. Detuviéronse allí: sin decirse nada, se miraron por breves momentos con mucha pena y lastimoso enternecimiento, y suave y despaciosamente desunieron las manos. Después tomaron opuesta dirección: él, la del foro otra vez; ella, la de la calle que daba comienzo en el arco. Nuevamente se detuvieron á los pocos pasos para mirarse: ambos tenían los ojos bañados en lágrimas, y ambos querían ocultarlo en vano; otra vez tomaron opuestos caminos, y yo seguí á la joven hasta que se metió en una tienda.

Muy poco me desvié con esto de la salida del foro por el Arco de Triunfo; y como en el primer edificio que se me ofreció á mano izquierda reconociese las *thermas*, penetré en él con alegría, deseoso de olvidar con sus pasatiempos la penosa impresión que acababan de dejarme los amantes.

En el vestíbulo, cuyo techo estaba cuajado de estrellas, ofrecióseme un animado concurso de pompeyanos; unos, respetables personajes vestidos con toga, y otros, jóvenes y divertidos, que eran los más, los cuales juzgué como disipadores ó parásitos, según su pelaje y sus maneras. Aquello parecía una casa de locos, porque aquí se discutían trascendentales cuestiones metafísicas, al lado se comentaban chismes cortesanos, y poco más lejos se hablaba de Homero y de Píndaro, y de la tragedia de Eschylo que había visto anunciada.

Deseando bañarme, entré en el *apodyterium*, habitación en que se desnudaban los bañistas, acomodados

en asientos de fábrica que corrían paralelos, adosados á los muros de mayor longitud. Recuerdo el decorado: cuadros de preciosos dibujos en la bóveda; grifos y liras en el friso; la lucha de los titanes en el medio punto del fondo, donde está la ventana; pavimento de mármol blanco. Salióme al encuentro el *capsarius* presentándome la hucha, en la cual deposité el precio del baño, no sé en qué moneda. Al mismo tiempo le entregué mis sortijas, que fué á depositar en un cuarto contiguo.

Inmediatamente me despojé de mis vestidos, que un esclavo se encargó de colocar en una percha de madera que había en el muro. Al verme en el ligero traje de héroe homérico, me puse á dar saltos, sin saber por qué, y á hacer pantominas como un histrión. Invitaronme varios jóvenes, tan regocijados como yo, á jugar con ellos á la pelota antes del baño, y accedí gustoso.

Salimos, pues, al patio del establecimiento, y allí perdimos todos el juicio: jugábamos á la pelota, hacíamos simulacros de luchas atléticas, bailoteos, saltos, ejercicios gimnásticos sobre las manos, cabriolas, zapatetas y mil sandeces más; todo esto coreado con gritos, y cánticos y dichos graciosos y picarescos. Recuerdo que uno de mis camaradas, que le nombraban *Emilius*, advirtiéndome que el cuadrante solar, al cual servía de base una columna, señalaba las dos de la tarde, dijo que tenía razón sobrada aquel parásito de Plauto cuando maldecía al inventor de los relojes, y añadía que el mejor reloj era el estómago, pues á lo menos anunciaba siempre que no había nada que comer.

Fatigados y sudando pasamos al *frigidarium*, ó baño frío, que, aunque no solían tomarle más que los enfermos, nosotros tuvimos aquel capricho. En un aposento circular, con cuatro nichos en puntos opuestos,

los cuales ocupaban los bañeros, y gran piscina de mármol blanco en el centro; los muros, amarillos con ramajes verdes; encima, la cornisa, decorada con una carrera de caballos y niños en relieve, y sobre ella asentada la bóveda por cuyo centro dejaba paso á la luz una abertura. Nos zambullimos en el agua helada seis á la vez, y estuvimos sentados en el poyo que circuye interiormente la gran pila. Los chistosos hubieron de enmudecer con la impresión del agua, ó decir sus ocurrencias tartamudeando.

De allí fuimos al *tepidarium*, habitación templada, donde nos tomaron por su cuenta varios esclavos, y tendiéndonos en unos bancos de bronce, sobre colchones forrados con ricas telas, me hicieron sufrir los tormentos más extravagantes. Creí dejar la piel entre sus manos. Uno me ungió con aceite de oliva; seguidamente el *stractor* pasóme el *strigilis*, raedera de bronce, por todo el cuerpo; y por si todo esto no fuese bastante, otro me arrancó el vello con una *volsella* ó pinzas; otro me frotó la piel, cual si quisiera pulimentarla, con *diapasma*, polvillo hecho de flores secas y hierbas olorosas. Luego vino el inundarme de perfumes conforme la moda griega; la cabeza con esencia de mejorana, y de sépol cuello y rodillas; unguento fenicio en las mejillas y el pecho, y egipcio en piernas y pies. Esencias y unguentos eran de olor fuertísimo, que embriaga, y estaban en *guttus* de barro ó metales preciosos y en unguentarios de alabastro.

Confieso que se necesitaba haber nacido en aquellos tiempos para soportar semejante operación y gozarse en ella, como los muelles pompeyanos mis camaradas; pues aunque tenían fatigosa la respiración y daban algún que otro resoplido, permanecían con los ojos cerrados, para mejor deleitarse en visiones embriagadoras que les hacían hablar de los amores de Baco y Ariadna, y de las locas danzas de faunos y bacantes,

y decir al propósito chistes que me guardaré bien de repetir; de tal modo los trastornaba aquella serie de rociadas y frotamientos, que tenían mucho más de voluptuoso que de pulcro.

Con semejante suplicio no pude fijarme mucho en la habitación; pero me pareció que nos cobijaba una bóveda de cañón seguido, pintada con ornatos blancos sobre fondo azul ó rojo, la cual sustentaba pequeños Atlantes de barro estucado, apoyados en un zócalo alto, que estaba pintado de encarnado vivo.

Condujéronnos después al *caldarium*, habitación que mantenía á temperatura elevada el aire caliente, que circulaba por una tubería hábilmente dispuesta en los muros. Allí nos bañamos segunda vez en una pila pequeña que estaba en un extremo, y en seguida nos dedicamos á la gimnástica en el centro de la pieza, para provocar la transpiración. Hicimos flexiones de brazos y piernas, elevación de pesos de hierro, y movimientos uniformes y continuados. Pero esta vez tomamos los ejercicios con gravedad, pues el cuerpo estaba débil para hacer locuras.

Concluído con esto el baño romano, nos vestimos y abandonamos las *thermas*.

Ignoro qué de calles anduvimos por el extremo Noroeste de la ciudad. Lo que sé es que aquellos truhanes iban muy divertidos y decidores, y que yo les secundaba alternando en sus bromas y riéndolas: la voluptuosa atmósfera pompeyana se me había subido á la cabeza tanto como á ellos. Uno dió en hablar por los codos de una cortesana llamada Pigmalia, que decía ser muy hermosa y que cantaba muy bien, y como hallásemos unas mujeres tomando agua de una fuente pública en grandes *calpis*, y una fuese bellísima, antojósele al adúlador que se parecía á aquella, y no sé qué requiebros la regaló al pasar.

Como yo había mentido á aquellas gentes que era

griego, todas querían servirme de *cicerone*; así, designaronme varios edificios notables en nuestra caminata; el *fullonica*, ó casa de los tintoreros, cerca de las *thermas*; la vivienda del *questor*, la Academia de Música, la fábrica de jabón, la Aduana y las posadas, cerca de la puerta de Herculano; una botica, cuyo signo exterior era una serpiente mordiendo una manzana, pintada junto á la puerta, y una taberna, que me llamó la atención por la pintura que le servía de muestra: dos esclavos conduciendo una ánfora suspendida de un palo, cuyos extremos llevaban sobre sus hombros; dentro de la tienda veíanse numerosas ánforas, alineadas, con indicación del origen y fecha del contenido, escrito de relieve sobre las asas.

No acierto á razonarme cómo ni por qué penetramos tres ó cuatro en una casa particular. Saludóme la frase *salve*, escrita sobre una lápida que había en el umbral de la entrada, y á la vez, de palabra, el esclavo portero, que por cierto estaba atado con una cadena para evitar que abandonase su puesto. Pasamos el *atrium*, donde vi en el centro el *impluvium* ó depósito de las aguas de lluvia que por la abertura del techo penetraran; al frente de él el ara, con los dioses lares encima, y en los muros laterales las puertas de las *cubiculas* ó alcobas. Como se hallara recogida la cortina que cubría una de ellas, pude ver el interior: escasamente dejaba espacio para más que la cama, que era de madera, semejante á nuestros sofás, aunque más alta y de elevado respaldo, sobre la cual había extendido un colchón cubierto de tela listada, y á la cabecera una abultada almohada; un taburete, colocado al pie, permitía subir á reclinarse. Una antesalita nos condujo al *peristylum*, con otro *impluvium*, éste rodeado por una bella columnata; las puertas que había en los muros comunicaban con las habitaciones reservadas. Allí encontramos la familia romana, en cuyo jefe

quise reconocer a Pansa. Estaba la matrona acomodada en una silla de respaldo curvo, vestida la *stola* con mangas, amplia y bien plegada, sujeta á la cintura; con *torques* de plata en la garganta, y peinados sus negros cabellos con exquisito gusto; rodeándola había hasta dos ó tres lindas mozuelas y algunos niños.

Comenzaron á saludarme y agasajarme, y luego..... ignoro lo demás que pasó, porque todas estas imágenes se borraron de mi mente.

No se crea por esto que desperté. Mi sueño continuó profundo y tranquilo.

Y debió ser mucho después, cuando me asaltaron singulares pesadillas.

Escuché desesperados gritos, confusos clamores, ignotas alarmas, angustiosos lamentos, tumulto de gentes poseídas de extraordinario espanto, y ruidos sordos y amenazadores como de creciente, pero oculta, tempestad, junto con un mugir desolador como de cien mil cataratas desbordadas. ¡Qué horrisono concierto aquel!

Poco á poco tomó cuerpo ante los ojos de mi fantasía una escena conmovedora. Un gallardo mancebo y una hermosa doncella corrían, las manos unidas, el terror en los rostros; su desesperación llegaba a ese momento sublime en que produce el propósito inquebrantable. Pavoroso resplandor del fuego que consumía la techumbre iluminaba su camino; humeante y vertiginosa lluvia, acompañada de pedrisco abrasador, se desgajaba sobre ellos é invadía los pavimentos de mosaico sobre que pisaban. Llegaron á un aposento en el cual el incendio entorpecía la puerta. ¡Qué incertidumbre! Ella dejóse poseer del más amargo desaliento; él, con un resto de esperanza ó de locura, quiso arrastrarla temerariamente. ¡Qué lucha!

Entonces los conocí: eran los amantes; la predicción de Isis se cumplía quizá.

Hubo un momento en que se miraron; no hablaron sus labios, pero leyeron sus mutuos pensamientos en sus ojos; y en el último paroxismo de la desesperación, nació en sus almas otra idea más grande que la salvación de la vida. Nació el heroísmo de la muerte; pero de manera tan súbita y tan á la par, que, movidos de igual impulso, abrazáronse estrechamente.

Aquel cuadro le ví, sí, le ví: el muro del fondo estaba pintado de rojo, y sobre él, preciosamente dibujados, faunos y bacantes danzaban ebrios de placer, al compás de las flautas de Pan; en breve el incendio pondría fin á las locuras de la fiesta dionisiaca. Como grupo estatuario se destacaban los dos amantes; ella, medio sentada en el suelo; él, de rodillas; pero ¡qué suavidad y nobleza en sus contornos, qué ternura en su abrazo, qué dulce complacencia en sus labios, qué postrero reflejo de purísima luz el que mutuamente se regalaban sus ojos! Hasta la blanca túnica de la doncella hacía pliegues graciosos aún sobre el pavimento. La máxima del mancebo era cierta; nadie tan bello como quien ama; que esperando el último suspiro estaban más hermosos que las Niobes en aquel supremo dolor con que el artista supo representarlas.

La atmósfera rojiza, densa é irrespirable que les rodeaba adormeció sus párpados, descompuso sus facciones, doblgó sus cuerpos; y al llegar el postrer aliento de aquellas dos existencias, el último acto regulado por aquellas dos voluntades, sus labios se juntaron en un casto beso, y en aquel punto se abrazaron sus almas para no separarse jamás.

Cuando desperté á la mañana siguiente vinieron á mi memoria los amantes de la tienda inmediata á las *thermas*, y comprendí cuánto miente la fantasía: pretendí en mi sueño que aquel mancebo era el mismo

que trazó en la basilica la máxima que aún leen los visitantes, y que dice:

Nemo est bellus, nisi qui amavit.

Entonces acabé de entender que los oráculos de Isis eran innoble superchería, porque morir de modo tan patético como los amantes pompeyanos de mi sueño es un heroísmo que, por cuanto hay en él de plástico y sublime, vale más que toda una existencia consagrada á las delicias del amor.

Finalmente, desde esa noche yo tengo envidia de aquellas víctimas del Vesubio.

